

CAPITULO XXI.

CÓMO EL P. PROVINCIAL PROSIGUIÓ  
SU CAMINO, HIZO LAS PACES, DIÓ VUELTA Á LA  
CABECERA Y CONCLUYÓ LA VISITA.

Las guerras que conmovian todo el Rio Verde, eran entre las del pueblo de Tanguantzín, del Salto del Agua y otras rancherías, contra los Tulas, originadas de ciertas muertes que habian cometido contra el decoro de la amistad; por cuya causa se amotinaron los unos y los otros y levantando velas, publicaron y se alborotaron de manera que discurrían divididos por aquellas laderas siguiéndose ó persiguiendo los unos á los otros en hileras y tropas tan feroces que era la

perdida notable de la una y otra parte, con que se inquietó toda la sierra y revelo de tal suerte que no acudían á la doctrina ni á los pueblos por espacio de catorce meses.

En esta ocasion, como el sol á Josué, llegó el P. Provincial á la Custodia, é informándose de un religioso lego, orocúlo de aquellos indios y gran siervo de Dios y muy experto en aquella tierra, de la causa de los motines y del modo que tendria para reducirlos y conformarlos, por cuanto estas naciones caían en el camino del Jaumave y cerraban el camino para la gran mies de la conversion; y para que pudiesen los ministros pasar á él puso todos los nervios posibles para apaciguarlos. En fin, se resolvió y escogió por último expediente, ir en persona, resignándose á cualquier peligro por trofeo de su valor. Empezó por los de Tula y los convenció y redujo á los medios que quiso. Con este compromiso se los llevó consigo á cierto puesto que señalaron, y envió por delante al religioso lego y al gobernador del Valle del Maiz, para que diesen la embajada á los demas, avisándoles cómo su Prelado superior iba en persona á las paces y que los aguardaba en el Rio de los Papagayos, porque iba en lugar del P. Molinedo á componerlos y hacerlos amigos para que la

conversion fuese adelante y la poblacion tambien. Oyeron la embajada y la admitieron muy gozosos, por ver el bien á las manos que tantos años desearon y pidieron á voces de aquellos abismos. pusieronse en camino, guiandolos los embajadores y llegaron á una campiña, orilla del rio, donde estaba el Provincial tres dias habia, sin más compañía que la de un desierto, expuesto á algun asalto de alguna cuadrilla errante de los forajidos que hambrientos pudieran despedazarle. Llegaron pues los embajadores y fueron recibidos del Provincial con los halagos y cariños que hace el deseo entre temores y esperanzas: escuchó las nuevas y apenas las hubieron acabado, cuando por una ladera fué bajando una hilera de Chichimecos, desnudos en carnes vivas con arco y flecha en las manos, que á faltar pudieran los temores prestarlos de los ojos, por formarlos en las cejas al enarcarse con vision tan espantosa. Entonces el P. Provincial dispuso á los de Tula, y sentándose en el suelo con la humildad que se requeria para vencer aquellas dificultades, recibió á aquellos bárbaros, dandoles los brazos y con ellos las entrañas. Admi-

tidos, les hizo una plática por intérprete, amonestándoles lo mal que hacian en andar en aquellos montes en riñas y motines: despues de hecha, se hicieron las partes algunos cargos y descargos, en los cuales medió la prudencia y celo del P. Provincial, y los hizo abrazar: y ellos entonces á su usanza, y en señal de paz, trocaron las armas, ofreciéndolas á los pies del P. Provincial, y así quedaron todos muy contentos y conformes, así para la amistad como para bajar el pueblo á la doctrina y sujecion á la Iglesia. Despues de hecho esto se tocaron chirimías y trompetas que para el efecto se habian llevado, y todos juntos formaron un baile que duró toda aquella noche. Otro dia por la mañana les repartió el P. Provincial, zaya, frazadas, cuchizalla, frazadas y sombreros para que se cubriesen las carnes y tomasen amor á sus ministros, con que quedaron tan pagados y contentos, que desde luego apaciguaron toda la tierra y se fueron á sus doctrinas.

Concluido caso tan importante, se partió el P. Provincial á la cabecera y envió luego un religioso al Jaumave para que levantase aque-

lla iglesia y fomentase su congregacion en el ínterin que remitia más misnistros para que no se perdiesen tantas almas. Volviose á su Provincia y envió religiosos á todos los puestos de la custodia, y trató de enviar más. Quiera nuestro Señor que sean tontos que alumbren aquel nuevo mundo!

CAPITULO XXII.

DE ALGUNOS RELIGIOSOS DE ESTA PROVINCIA  
QUE RESPLANDECIERON EN SANTIDAD.

Muchos religiosos observantísimos florecieron en los tiempos pasados, cuyas vidas y milagros ha sepultado el tiempo entre otras muchas que el descuido ha dejado entre otras memorables. Pero consuélome que la pérdida no ha sido tan grande, que no hayan quedado algunas memorias, para que copiándolas aquí no se acaben de perder. Y así determiné hacer aquí este capítulo, en que referir los varones que he podido descubrir.

Primeramente florecieron dos hermanos de padre y madre, naturales de la ciudad de México, que fueron el P. Fr. Bartolomé de la Concepcion, gran ministro en mexicano y otomí, y el P. Fr. Tomás de la Cruz, excelente predicador en la tarasca y mexicana, ambos à dos observantísimos de su regla y muy dados à la oracion mental, y tan continuos en el coro que de dia y de noche no salieron de él. Anduvieron siempre à pié, descalzos y desnudos en la administracion de los Sacramentos, sin comer más que una vez al dia. Fueron honestísimos en el rostro y en las palabras con que se llevaban la inclinacion de cuantos los miraban, y así fueron muy amados de los religiosos y estimados de todos y adorados de los indios, con quienes fueron unos apóstoles en enseñarlos, doctrinarlos y defenderlos; y así fué comun opinion entre ellos que eran santos, y así se lo llamaban venerándole como à tales: su pobreza fué tan extrema da que no tenian más que el hábito que les cubria las carnes y descubria los crisoles de su santidad, levantándoles à la hermandad de la sangre, realces que compitieron en alguna manera con los que San Pedro Crisólogo pintó en la de los cuatro apóstoles Pedro y Andrés, Santiago y San Juan, que viendo Cristo la herman-

dad combinada, se fué à su doblada pobreza y los hizo por ella sus apóstoles, como à estos siervos de Dios apostólicos. "Germanitas combinata, imo congeminata paupertas in Apostolorum Principes eliguntur."

El P. Fr. Juan de Villena tomó el hábito en esta santa Provincia, y fué muy observante y tan dado à la oracion mental. que se arrobaba por esos aires. Hizo Nuestro Señor algunos milagros, de lo cuales contaré uno que es el que tengo comprobado. Viniendo en la villa de Celaya le aquejó un dia mucho la gota de que era muy enfermo, y por divertirse se fué à casa del síndico del convento en ocasion que habia amasado su mujer, y teniendo el pan cubierto en una cama ya para meterlo en el horno, entrò el siervo de Dios en el aposento y descuidada la síndica, se acostó en la cama sobre el pan y despues de gran rato volvió la síndica y le dijo: "Ay Padre, mire que me ha echado à perder el pan; levántese y perdone." Y él le respondió que no tuviese pena que no era nada; y levantándose el siervo de Dios, hallaron el pan tan intacto, como si fuera sombra el cuerpo que habia tenido encima; y le cocieron y le llamaron comunmente el pan del milagro y se estimó como tal, con que creció la devocion y afecto del

del pueblo á este siervo de Dios y le estimó como á santo, porque tenían asimismo experimentada su pobreza, humildad y recogimiento. Murió en el mismo convento de Celaya y está enterrado al lado del Evangelio, con sumo consuelo de aquella república por lo mucho que estimó su santidad.

También florecieron en santidad el P. Fr. Gil Clemente, gran lengua tarasca y excelente ministro, y el P. Fr. Juan Gerónimo, ambos á dos extranjeros, muy observantes y penitentes. Extremáronse en la oracion mental y en la abstinencia con tanto fervor, que parecian hombres estáticos y del otro mundo, y es así que su conversar y vivir era en el cielo. Pasaron de esta vida llenos de merecimientos y la Provincia de esperanzas por su mucha virtud.

Floreció en este tiempo Fr. Lorenzo de Herrera, lego, penitentísimo varon, muy dado á la oracion y tan extremado en ella que todos los de aquel tiempo le reconocian: con que llegó á ser igual en santidad con cualquiera; y no fué poco en tiempo que estaba la santidad tan extendida en la Provincia, que en religiosa competencia cada uno pretendia ser ejemplo de los demas, y todos juntos confusion nuestra.

Ultimamente, quien no se admira con la santidad de un Fr. Antonio Flores y de un Fr. Angel de Berriaza; que cuando aquesta santa Provincia no tuviera otros hijos más que estos dos, bastaban para darle eterno crédito con las memorias que observa de su contemplacion y observancia, como las que también repite en el Apostólico varon Fr. Francisco de Bilbao, en lo mucho que trabajó y sirvió á aquesta Provincia en edificios así materiales como espirituales, siendo en la vida un retrato de su Seráfico Patriarca. A este Francisco siguieron otros dos, que fueron el siervo de Dios Fr. Francisco Martinez de Jesus y el Apostólico P. Fr. Francisco de Muñoz, santo, docto y prudente, cuyas vidas pedian libros de por sí y plumas de más alto vuelo que la mia; porque como no fueron ordinarias en la observancia de su regla, sino tan superiores que al cabo de tantos años fueron señoras de la memoria, pedian un autor que las supiese escribir. Yo confieso mi insuficiencia y remito á más alto juicio el escrutinio de sus particularidades, que con este principio de historia podrá ser que otro se anime y enmiende mis faltas.